

cadenas? ¡Oh! No temas que tu leon huya; que llegue á causarle tedio su servidumbre; que no responda una vez siquiera al oír su nombre; para él es el desierto el sitio en que no te encuentra! Tus ojos son á mi corazón lo que el lumínar que recorre el firmamento es á las estaciones calurosas, lo que el sol á las plantas. ¡Donde quiera que tus miradas descendieran sobre mí, yo arraigaría bajo los rayos que de tí emanan! Pero hazme oír solamente una palabra de tu boca, lo que se dice al perro que lame humilde la mano de su dueño y se tiende á sus piés: entreábreme esos cielos velados por tus largas y negrisimas pestañas; haz que mi corazón sienta el delicioso estremecimiento que le produce el contacto de tu mano sobre mi piel, ese movimiento con que me devuelves el sosiego, como el viento estremece las fibras de las palmas!

Y la virgen, arrobada al escuchar estas palabras, hacia inocentemente lo que él le pedia, dejaba brotar húmedas llamas de sus ojos azules, le mandaba risueña con su voz tímida, pasaba su dedo aéreo por sus cabellos, permitía que se echara á sus piés, como un perro, que corriera trás ella por los bosques, ó que la esperara oculto trás algun tronco para sorprenderla de pronto, y así pasaban las horas rápidas como el pensamiento, y ambos experimentaban todos los días la misma inefable embriaguez. Y cuando el sol próximo á su ocaso hacia que la sombra de las palmeras creciese en longitud y se extendiera por la colina, temerosa Daidha de que los celosos hijos de Phayr llegaran á descubrir el secreto proceder de su compasión, anudaba como ántes los vínculos de Cedar, bañándolos con su llanto.

Entre tanto la belleza de Daidha, llegada con la edad á su apogeo, adquiría mayor brillo con su cándida ignorancia, pero ya sentía de vez en cuando cierta vaga inquietud que le hacia temer la soledad del desierto. Triste, pensativa siem-

pre que no veía á Cedar, el temor la obligaba á moderar su paso cuando á él se acercaba, y como un alma púdica que conoce su desnudez, sentía al verle que el rubor encendía sus mejillas. El acento del jóven la ponía agitada y temblorosa, velábasele la voz cuando le quería hablar, y se quedaba ante él muda, inmóvil, confusa, como un niño sorprendido y reconvenido por su madre al hacer alguna travesura, ó como debió quedarse Eva ante el Padre de los hombres, teniendo todavía la fruta culpable en la mano. A veces, no osando ser la primera en dirigirle la palabra, dejaba los frutos y la leche sobre una piedra sin desplegar los labios, y miéntras él no la veía, corría á ocultarse detrás de los cipreses, y si volvía para verle y no lo conseguía, alejábese pesarosa y llena de tristeza que no lograba desechar en todo el día. Otras veces, sentándose léjos de él al pié de un tejo, apoyaba la barba en la mano y pasaba largas horas contemplándole como se contempla á un sér que no se atreve uno á admirar sino á cierta distancia, y abstraída, aunque con los ojos muy abiertos, parecía seguir con el corazón algun vago fantasma que se mecía en los cielos; luégo bajaba la vista al suelo, pero tan tristemente que Cedar no podía apartarse de ella ni guardar silencio por más tiempo; ántes al contrario, acercándose á ella, era el primero en hablar diciéndole con suave acento: —¿Qué tienes?—Entónces, como aquel á quien se sobresalta empujándole, brotaban de sus ojos dos lágrimas que corrían por sus mejillas, lágrimas que enjugaba con fingida sonrisa, hasta que por fin, disipándose su tristeza juntamente con sus pensamientos, anegábase todo su corazón en dulces palabras; en su ternura infantil se entregaba á una loca alegría, y parecía embriagarse á propósito en su delirio, como para olvidar que la muerte estaba cercana.

Cuando la encantadora jóven se alejaba de aquellos sitios, caminaba al regresar con los ojos bajos, embebida en sus pensamientos y tan distraída que no echaba de ver la admi-

racion causada por sus perfecciones, ó si sentia la mirada de algun hombre fija en ella, lamentábase con desden de parecerle hermosa; pues hubiera deseado pasar desapercibida ó parecer fea á los ojos de los demás, y sólo ser visible y amable y bella á los de él! Pero por más que procurara velar con la indiferencia sus encantos, no dejaban de producir éxtasis y de alimentar esperanzas, y los hijos de Phayr, enajenados al verla, murmuraban ya de la lentitud con que se procedia para escogerle un esposo.

«Cuando la flor de la vid ha perfumado la llanura, decian, cuando los racimos están cuajados de encendidos granos, no se los deja, colgando de los rastreros pámpanos, aguardar otra flor y una nueva primavera, sino que el niño levanta sus brazos, los aspira y los coge, pues de lo contrario el pálido otoño secaría las hojas, y al soplar los vientos del invierno desprenderian los granos que las aves acudirian á robarle.»

Los padres, disgustados por fin, se pusieron de acuerdo para hablar á Phayr, y tres de ellos se presentaron á él y le dijeron, meneando todos la cabeza miéntras uno de ellos hablaba:

—Cuando la oveja brinca y se niega á dar su leche, ¿se la deja, oh padre, á merced de sus caprichos, perderla con su lana al borde de los precipicios? No: el cuidadoso pastor la acerca á su hijuelo que bala á su lado de hambre y de sed, y cediendo á su balido, acude para que el pastor la extraiga la blanca leche que retiene en sus tetas. Cuando la gallina y la pava, que ponen á escondidas, van á esparcir por los bosques sus huevos puestos al azar, ¿se les deja, sin nido ni prole, que siembren en provecho de la zorra sus fecundas cáscaras? No: el hijo de la casa va en su busca, los reúne cuidadosamente sobre el césped, y cuando la madre vuelve al anochecer y los encuentra, los cubre amorosamente bajo su corazon que les sirve de caliente abrigo, y en breve los polluelos, por tal

manera multiplicados, se diseminan por la yerba y cacarean á nuestros piés.

El anciano y Selma comprendian este lenguaje, en que trás figuras retóricas se traslucia el propósito que lo dictaba; mas cuando á su vez querian repetirlo, su caprichosa hija se negaba á escucharlo, ó frunciendo el labio y encogiéndose de hombros, iba á orillas del rio á llorar al pié de un sauce.

Cada uno de los pretendientes, á prueba de desdenes, procuraba á su vez triunfar de su resistencia, y siguiendo la poética costumbre de aquella época, interrogaba el corazon de la jóven con mudo lenguaje; pues en aquel tiempo los amantes ántes de revelar claramente sus deseos inadvertidos, empezaban por darlos á conocer valiéndose de emblemas, y la doncella objeto de su amor, callada y apelando al mismo lenguaje, aceptaba, ó negaba ó daba esperanzas embleáticamente tambien.

Asgor, hijo de Abniel, escogió el camello recién nacido de pelo más dorado de cuantos habia en su rebaño, y poniéndolo de noche entre los camellos jóvenes cuyas cabezas debia contar Daidha al despertarse, se ocultó hasta que le tocara desfilarse al suyo y ver si la doncella, compadecida de él, le daría leche; pero ésta, en lugar de llevarlo á las camellas, lo apartó de todas, y dejó que gritara todo el dia de tristeza y de sed entre los cardos y zarzales de alrededor, por lo cual Asgor, viendo su esperanza frustrada, se alejó apesadumbrado y ofendido sin decir una palabra.

Abna, hijo de Kalem, puso á la entrada de la vivienda de Daidha algunos huevos robados del nido de un ave. Si la jóven, al salir del antro al rayar la aurora, recogia aquellos huevos para que pudieran abrirse, y presentándose nueve dias solicita por salvarlos, miraba cómo la paloma los cobijaba bajo sus alas, el jóven amante sabia que una mirada favorable cobijaria su amor como el huevo en la arena. Por esto velaba incierto de su suerte á la puerta del antro; mas la vir-

gen, al salir distraída por la mañana, vió los huevos colocados en el nido sobre el musgo, y dándoles con el pié izquierdo una fuerte sacudida, los rompió é hizo rodar por la roca, y el hijo de Kalem no se atrevió á acercarse ya.

Zebdani, hijo de Ormid, fué de noche á la entrada del antro de Phayr, lugar consagrado á los dioses, con objeto de imprimir secretamente la huella de su pié en el polvo del umbral barrido por Selma. Si la virgen, al despertar y al salir del antro, viendo aquel pié estampado á la entrada, le contemplaba en lugar de borrarlo, y ponía el suyo á su lado para dejar también impresa su huella, el jóven, que acechaba á lo léjos, aquel símbolo, oía sin necesidad de acentos y leía sin palabras, sabiendo, por lo que significaba tal signo, que otra planta seguiría las huellas de la suya. Pero la virgen, al salir por la mañana la primera y al ver aquel pié de hombre estampado en el polvo, lo borró de la movediza arena y arrojó el polvo al viento con ademán altanero, y Zebdani, viendo su huella destruida de aquel modo, lloró por su infructuoso amor, avergonzóse y emprendió la fuga.

Las madres se presentaron á Selma para decirle á su vez:

—¿No será posible que encierre en su corazón un secreto amor y que el pudor que tiñe de carmin sus mejillas le impida revelar un nombre que tal vez la avergüence? Obligémosla, pues, á confesar á pesar suyo el deseo que la ha hecho concebir su mirada; y cuando la expresion de su rostro haya hecho traicion á su alma, esta confesion bastará para hacerla esposa del que pueda haber elegido.

Selma consintió en ello, y cuando llegó la noche, empezaron á poner á prueba el corazón de la jóven.

Daidha, que había regresado al anoecer con sus rebaños, estaba de pié y desnuda en el fondo de la gruta, y sus cabellos sueltos ondulando desde su frente, caían por todas partes desde su cabeza hasta sus piés. Sus negras ondas le cubrían el seno y los hombros, como esas verdes ramas del fresno y

del sauce que, cayendo desde la cúspide del tronco hasta el suelo, descansan sobre el musgo en deshechas madejas, en las que el rocío matinal se deposita gota á gota: envolvíanla por completo en una sombra trasparente, y se la hubiera tomado por la imágen de la noche con su velo de azabache, si el viento, levantando á veces un tanto aquel rico dosel, no hubiera hecho ondular con su hálito alguna trenza, y descubriendo en parte aquel cuerpo acariciado por él, no hubiera permitido vislumbrar momentáneamente aquel rayo de luz, como por la noche se columbra una estrella entre el follaje.

Bajo tan negro manto por entre el que asomaba á intervalos aquel alabastro, oíase su voz y su risa alegre y juguetona, miéntras su madre le decia: «Empecemos si quieres.» Y levantando del suelo una porcion de sus cabellos, desplególos con los dedos á modo de amplio velo, cual tejedor que prepara su tela y ántes de tejerla anuda al telar los hilos entre los que ha de correr la trama. Acercando en seguida flores y fibras humedecidas de hojas de palmera recortadas por el invierno, y perlas del rio y semillas encarnadas, se las presentaba á su hija, la cual inclinándose para tomarlas, las iba enfilando en las fibras de palmera con la larga espina que le servia de aguja, como enfila el pescador las mallas de la red, mezclábalas luego entre sus hebras de ébano, tan finas que se agitaban sólo al sentir su aliento, y pasando y repasando su aguja al través de la trama de sus cabellos, á un lado y otro, acababa por tejer desde los piés á la cintura el aéreo velo de que la había dotado la naturaleza. Conforme iba la virgen trenzando y formando nudos, matizábase de flores aquel delantal flotante: su aguja combinaba artísticamente con las rosas blancas el azulado tono de las pervincas, el amarillento junquillo, los rojos claveles, los lirios acuáticos que semejan estrellas ó soles, y sobre el tornasolado nácar de las menudas conchas hacia resaltar las vistosas plumas del pájaro-mosca.

De este modo se arreglaba el único vestido, velo y orna-

mento de las mujeres de aquella edad, y todo cuanto los países orientales ostentan en su primavera en colores, perfumes y luz, servía para satisfacer ese instinto de belleza que la virginidad comunica á la virgen; de suerte que, cuando una jóven vestida de brillantes colores y de perfumes naturales, se presentaba ante la absorta vista de un mancebo, parecía más bien un símbolo de flores, y aquel cuerpo encantador, aquellos gratos aromas, aquellos suavísimos matices, embriagando por triple manera los sentidos y el alma, precedían á la mujer, fascinando el deseo.

Cuando la brisa postrera marchitaba los lirios que embellecían y embalsamaban aquellos tejidos flotantes, cuando su última rosa inclinaba la corola sobre su tallo, se renovaba la industriosa y admirable tarea, siendo para las mujeres un día de fiesta aquel en que, huyendo de toda mirada profana, competían en amor y en arte para cautivar luego la vista del que las contemplaba. Mas para bordar de tal suerte tan delicada trama, era preciso sostenerla con todo cuidado y sin distraerse, porque si se interrumpía la grata tarea, si uno solo de los cabellos tejidos llegaba á romperse, la trama, escapándose de las manos de la tejedora, se deshacía por completo como una red sin nudos, y la encantadora doncella se quedaba contemplando llorosa á sus piés aquel monton de plumas y de flores.

Pues bien, en el preciso momento en que la resbaladiza trama requería más cuidado y atención por parte de la mano que la tejía, oyóse gran ruido á la puerta del antro en el que se introdujo una mujer presurosa y agitada diciendo:

—¡Asgor, hijo de Abniel, ha caído en el río!

Y Selma, que parecía muy atareada en activar la obra, lanzó un grito de dolor levantando los brazos. Daidha se puso pálida de horror; una lágrima, testigo de su pensamiento, rodó por sus mejillas, y su mano suspendió la comenzada trama. Pero no cayó una flor de su mano, y sus dedos temblorosos continuaron de pronto su trabajo.

En esto se presentó otra mujer y dijo:

—¡En el fondo de los bosques está un león devorando á Abna! ¡Todavía tiemblo de espanto! Tan horrible muerte ha contristado lo que no es decible á sus hermanos, que andan buscando los huesos esparcidos de Abna para darles sepultura!

Renováronse las lágrimas, los clamores y los ademanes de dolor; la doncella se sintió desfallecer un tanto, y la aguja tembló en sus manos, pero sin romper un solo cabello.

Penetró al poco rato en el antro otra mujer exclamando:

—¡Oh día nefasto! ¡Llorad, ojos de Phayr! ¡Golpeaos el seno, oh madres! ¡Háse extinguido ya toda esperanza de la raza de Ormid! ¡La flecha de los cazadores ha dejado sin vida á Zeb-dani!

Y en el antro, lleno ya de tristeza y de alarmas, resonaron al oír este nombre sollozos más fuertes y más quejumbroso llanto. Daidha derramó lágrimas por sus tres hermanos queridos, pero ni la angustia de su corazón, ni el llanto, ni los lamentos fueron bastantes á desprender la trama de sus dedos; el terror no la hizo perder el dominio sobre sí misma, y cada doloroso golpe que la jóven recibía en el corazón la obligaba á suspender su trabajo, pero sin romper el tejido.

En vista de la poca impresión que tan siniestras nuevas le causaban, las madres cambiaron entre sí, sin dirigirse la palabra, una mirada escrutadora que la doncella no sorprendió. Una de ellas salió y volviendo precipitadamente al poco rato, dijo:

—¡Qué pérdida tan grande para Phayr! Los esclavos han aprovechado la confusión que reinaba para romper sus lazos, y Cedar, oh Phayr, tu tesoro, tu apoyo.....

—¡Cedar! interrumpió el viejo. ¿Qué ha hecho?

—¡Se ha escapado!

Al oír Daidha este nombre querido, soltó la aguja de sus dedos entreabiertos; el temblor que imprimió al hilo rom-

pió los cabellos, las mallas se corrieron nudo á nudo por su propio peso, y hollando con sus piés la trama diseminada, lanzóse la jóven á la entrada fuera de sí. Mas abriendo de pronto todas las mujeres sus brazos y Selma más que ninguna, estorbaron su salida.

—¡Sé, oh hija, ménos diligente para cubrirte de oprobio! exclamó. ¡Retroced! De todo cuanto has oido, lo único cierto es tu vergüenza! Sí, nada de lo que se ha dicho es verdad, y si tan sólo el grito que acaba de venderte, grito que agolpa al corazón toda la sangre de Phayr. ¡El fruto maduro de Selma para el diente del esclavo! ¡Oh madres, exterminad la hija que arrostra vuestras iras! ¡Dioses que me haceis traicion, destrozados en ese umbral! ¡Antros, caed sobre ella y sed su tumba! ¡Oh madres! No reveleis este misterio á vuestras hijas: todas las familias se llenarian de horror, y las hermanas al hablar de él se dirian unas á otras: «¿No sabes que un corazón libre ha palpitado por un esclavo vil?» Y la sangre de nuestros abuelos herviria bajo tierra de vergüenza y de enojo si llegase á conocer este secreto. ¡Huid de este recinto mancillado, dejadme sola!... Y tú que fuiste mi hija y que no lo eres ya... súmete en las tinieblas de la noche y de la tierra. ¡Que jamás te alumbre el sol fuera del antro! ¡Que jamás ilumine tus ojos la claridad del dia hasta que tu hiel haya absorbido todo tu amor, hasta que amargando el llanto tus labios, vengas á prostrarte á mis piés diciéndome: «Madre mia, he lavado esta mancha con el agua de mis ojos; unid á vuestra hija con el hijo de vuestros abuelos.»

Y asiendo á Daidha de una larga trenza, como un perro que el cazador lleva atraillado á los bosques, la condujo al fondo del antro tenebroso cuya pared habian grieteado las raíces de los árboles, y atándola á ellas por sus negros cabellos, la dejó allí como un alma olvidada.

En seguida, prosternándose Selma á las plantas de Phayr, le dijo con voz velada aún por el enojo:

—¡Demos muerte al esclavo, ó caerá sobre nosotros un baldon eterno!

Mas el anciano contestó:

—¡Oh ligereza femenil! ¿Qué crimen ha cometido para hacerle sufrir una muerte infame? Si hoy arrojé sobre él mi piedra, ¿tus labios podrán tocar mañana sin horror mi mano? ¿Es un crimen que el león ostente su melena? ¿Es un crimen que el Sol deslumbré la vista? ¿Es criminal Cedar porque Daidha le haya mirado con ojos de insensata compasion? ¡Oh mujeres! ¿habré vivido acaso tan luengos años para ignorar que una mirada compasiva no subyuga vuestras almas, y que el curso de un río es ménos caprichoso que el corazón de una doncella en el cual ha penetrado el amor por los ojos solamente? Créeme, Selma: lo que un viento trae, se lo lleva otro viento; cada hora tiene su idea y cada noche su sueño, y la edad extingue por sí sola un fuego sin alimento. Mantén á la jóven separada algunos dias de su amante; enviemos á éste á guardar en la sombría montaña los ganados que se han multiplicado tanto gracias á su solicitud; ten á tu hija cautiva y sola, léjos de él, hasta que sus ojos hayan consumido su tedio. Otro amor nacerá, no lo dudes, porque el corazón es un manantial murmurador y profundo que jamás se agota, y que, cuando la mano se opone á sus rodeos, se abre otro lecho y sigue distinto curso.»

Luégo, poniendo sobre su cabeza su mano paterna como un león clemente que lame á una gacela, logró sosegar el corazón y calmar el llanto de Selma con dulces palabras cuyo acento la tranquilizó. El sueño extendió su manto sobre el antro de sus antepasados, quedando sola, despierta y con el corazón destrozado la mísera Daidha.